

Disputar las plazas, disputar las palabras

Publicado como: “Disputar les places, disputar les paraules” en Viejo, R.: *Les raons dels indignats*. Barcelona: Raval Edicions, 2011. pp.18-24.

Íñigo Errejón¹

La lucha política es, en gran medida, la lucha por las ideas que guían y orientan las actitudes en una sociedad dada. Lejos de estar ya constituido o ser “natural”, el sentido común es un campo de batalla, donde diferentes hechos sociales cobran uno u otro significado político.

Así, ninguna condición social tiene traducción automática en el orden político. Todo sufrimiento o carencia necesita, primero, ser “problematizado”: representado y vivido no como una desgracia natural ni un padecimiento individual, sino como un problema colectivo que tiene responsables, víctimas y una solución imaginable por la que movilizarse. Con Schmitt, podemos afirmar que un asunto es “político” cuando en torno a él se producen agregaciones “nosotros/ellos” o identidades políticas, que movilizan pasiones e ilusiones compartidas.

Por tanto, toda contienda política es, en primer lugar, una lucha discursiva por decidir en torno a qué ejes se ordenarán las lealtades colectivas, de lo que dependerá la posibilidad de seducir e integrar importantes elementos del adversario. Esta disputa, que Gramsci denominara “guerra de posiciones”, determina, en gran medida, la composición del campo político, los bandos en contienda.

Un actor político es hegemónico cuando es capaz de librar la competición política en sus propios parámetros y lenguaje. Es decir, cuando consigue que el “sentido común de época” trabaje en su favor. Es por esto que una de las más exitosas operaciones políticas es la de vincular los objetivos o intereses propios a alguno de los términos que una

¹ Doctor e investigador en Ciencia Política en la Universidad Complutense de Madrid.
ierrejon@cps.ucm.es

sociedad vive espontáneamente como “apolíticos” y positivos. Estos términos se convierten en bienes valiosos pero, en cierta medida, “vacíos”, puesto que sus muchas y diversas interpretaciones les han hecho ganar en extensión lo que pierden en precisión. Sobre ellos, por tanto, se libran feroces luchas por la institución de sentidos políticos compartidos.

En este artículo pretendo esbozar algunos de los rasgos fundamentales de la lucha por el sentido común protagonizada por el Movimiento 15M. No sin antes hacer dos precisiones relevantes que ayudaran a observar las conclusiones en su modesto contexto. En primer lugar, que las “guerras de posiciones” son procesos de alcance mucho mayor que el objeto aquí analizado. En segundo lugar, que el movimiento, en especial en esta su primera fase de construcción subjetiva e irrupción en la esfera pública, no tiene un discurso único, nítido y delimitado. Tampoco sería ese el objetivo de este texto: dirijo mi atención al conjunto de “ideas-fuerza”, eslóganes y consignas que se han propagado por las plazas, asambleas, facebook y twitter como esporas, conformando un conjunto, ambivalente pero identificable, de “motivos” que le han atribuido un sentido político –entre muchos posibles- a la indignación general, y lo han hecho tratando de anclar a su favor determinados núcleos de sentido común.

El 15M y las grandes palabras: *Democracia, Pueblo.*

Uno de los principales logros del Movimiento 15 M ha sido su capacidad de resignificar términos centrales de la cultura política española y aún europea. De todos ellos, “Democracia” ha sido el eje central de disputa. Se trata de una de las palabras con más poder de generar legitimidad. Tanto es así que ningún actor político con expectativas de seducir a amplios sectores sociales puede desvincularse del término.

Debido a su uso constante, “democracia” es un significante - un continente-, que estamos acostumbrados a escuchar y leer anclado al significado –contenido- de “orden” y al de las elecciones periódicas y competitivas.

Es evidente que no faltaban los motivos para la indignación: la gestión regresiva de la crisis que socializa las pérdidas de quienes nunca socializaron los beneficios, el acuerdo entre la élite política para aplicar recortes sociales de los que ellos sistemáticamente se libran, la infantilización y postergación de la opinión y participación ciudadana, el

bloqueo de las expectativas vitales de toda una generación, etc. Son sólo algunos de los más llamativos. Sin embargo, estos “dolores sociales” habían sido vividos como inevitables, lo que impedía la agregación de quienes los sufrían.

El movimiento 15M irrumpió en un panorama de resignación general, y lo hizo suscitando una enorme legitimidad social, arrastrando hacia sí las agendas mediáticas agrietando el gran consenso en torno a la crisis y su salida. Fue capaz de hacerlo, en primer lugar, porque habló de lo que nadie hablaba pero era evidente, y su falta de compromisos institucionales le permitió hacerlo en forma contundente y directa: el Estado español estaba al servicio de la acumulación privada de unos pocos, justo los que habían provocado la crisis y ahora aconsejaban recortes de derechos para salir de ella.

Pero la izquierda radical llevaba meses denunciando lo mismo, con escaso éxito. ¿Qué fue, entonces, lo que le dio al movimiento 15M su enorme capacidad de convocatoria y de interpelación incluso a aquellos que sin acudir a las plazas las defendían en las conversaciones cotidianas? ¿Por qué ahora sí? Los momentos de insurgencia social son difícilmente explicables si no es acudiendo a la combinación de muchos elementos. Pero hay uno que, sin ser exclusivo, es un ingrediente crucial en el éxito relativo de la movilización. Se trata de su sabiduría colectiva para partir del sentido común de su época y operar en él una redirección capaz de atraer hacia la protesta a gran parte de quienes tan sólo un día antes estaban con el orden existente.

Instalándose tozudamente en el uso del término “democracia”, pero interpretándolo en un sentido que lo oponía al status quo, el movimiento consiguió una posición avanzada en la guerra por la generación de sentidos compartidos. La denuncia de que el estado actual de las cosas no sólo no es “natural” sino que tampoco es “democrático” apunta a la línea de flotación de su legitimidad: erosiona la creencia colectiva en que los que mandan lo hacen a favor de la sociedad y de acuerdo a procedimientos que así lo aseguran. Una vez hecho eso, el discurso del movimiento continúa agrupando a las élites políticas y económicas, no como opciones que confronten proyectos diferentes, sino como las partes de un mismo régimen, compuesto por gente que vive muy bien y que depara a las mayorías sociales un futuro que no querría para sus hijos. El lema de las manifestaciones del 15M, el “primer consenso” de la protesta, rezaba “Democracia Real Ya. No somos mercancía en manos de políticos y banqueros”. Vinculaba las malas condiciones sociales a la subordinación de los ciudadanos a una élite político-

económica, y proponía confrontarla discursivamente desde un marco de referencia democrático: no hay democracia si gobiernan los mercados con independencia de lo que la gente vote, no hay democracia si los partidos mayoritarios están sobrerrepresentados, no hay democracia, en fin, si la soberanía popular está supeditada o tutelada por un entramado institucional y económico cuyo poder no emana de ninguna elección democrática. La democracia, por el contrario, se revitalizaría con la expresión y participación política directa, como la puesta en marcha en las protestas. Se comienza a ordenar en forma inédita –y rupturista- el campo político.

El paso siguiente es la aparición del *pueblo*: la mayoría social que se reclama la auténtica comunidad política, por contraste con las élites ajenas al interés colectivo – “que no, que no, que no nos representan”. Esta operación no representa a ningún pueblo –pues éste está casi vacío, es una unidad invocada que puede significar cosas distintas o incluso opuestas- lo construye, en las calles y plazas, en la deliberación y, sobretodo, en la agrupación y denigración general de las élites. El *pueblo*, así, es el resultado de una división del campo político en dos partes, que trastoca y atraviesa los alineamientos anteriores –nacionales, de partido, incluso “ideológicos”- y proclama a la “gente común” como la auténtica encarnación de la comunidad política. Se trata de la construcción de un “interés general” contrario a una gestión oligárquica de lo común. Es, sin duda alguna, el signo de cambios importantes. *Pueblo* es una de esas palabras que nos da vergüenza utilizar salvo en momentos de gran trascendencia, en los que entendemos que la mayoría de la sociedad está unida y movilizada en un sentido compartido. La aparición de *pueblo* como el nombre principal del “nosotros” en las consignas de los indignados marca sin duda una reclamación de soberanía popular, pero también, y más importante aún, una construcción de lo que Gramsci llamaba “voluntad colectiva nacional-popular”. El nombre es siempre el mismo, pero el *pueblo* es siempre nuevo: el resultado de una articulación de sectores y voluntades contra un enemigo que define su unidad. En este caso, la hegemonía se mueve en la progresiva constitución de una parte –la juventud precaria, los sectores de las clases subalternas más golpeados por las reformas- en el núcleo del todo frente al poder constituido. Esto es: la construcción de poder político alternativo, constituyente.

De forma extremadamente reveladora, gran parte de los políticos profesionales que fueron entrevistados al votar en las elecciones municipales y autonómicas del 22 de

mayo declararon, con especial énfasis, estar ejerciendo democracia. Esperanza Aguirre, no demasiado afín a Zapatero, le defendió como gobernante democrático frente al cuestionamiento de las plazas tomadas por los manifestantes. Las Juntas Electorales declaraban “ilegales” las concentraciones que para sectores amplios y crecientes eran inequívocamente legítimas. Los gobernantes, por unos días, veían seriamente erosionada su capacidad de convencer. El 15M ha conseguido por unos días ordenar el campo de batalla.

Expansión-contracción: el difícil *qué hacer*.

Esta es, sin embargo, sólo una parte de la disputa política, si bien imprescindible. El movimiento 15M, en su ubicación ambivalente entre el sentido común de época y su resignificación en un sentido rupturista, de cuestionamiento del orden existente, se encuentra acechado por dos abismos paralelos.

Por un lado, si sus interpelaciones se amplían sin fin, serán tan atractivas como vacías. Interpelaciones excesivamente difusas, que no molesten a nadie, crean solidaridades muy débiles, y son fácilmente dispersables integrando alguno de sus contenidos en el sistema político existente. Por el otro lado, una concreción ideológica rígida de sus contenidos, plenamente exterior a los consensos existentes, devolverá la indignación a los reducidos círculos de la izquierda rupturista. En un caso, el movimiento sería mayoritario pero en absoluto transformador. En el otro, sus contenidos radicales serían mera expresión impotente del descontento. Entre los abismos de la disolución y la marginalización se mueve la posibilidad de que el movimiento sea radical y mayoritario.

La concreción de esta tensión creativa extensión-contracción se dará necesariamente en las consignas y objetivos comunes que cohesionen el movimiento y permitan su condensación. Los procedimientos están bien, pero no dejan de ser el “cómo”. Será en el “qué” donde el movimiento articule más simpatías y alianzas –se haga más *pueblo*- y agudice la crisis de autoridad de las élites, o sea acorralado y derrotado por la contraofensiva esperable de los principales actores políticos, mediáticos e institucionales, en actuación unitaria como partidos del régimen.